

## **Textos del arabismo español**

### **Dos artículos de Francisco Codera sobre el "árabe vulgar"**

---

**Francisco Codera y Zaidín (1836-1917)**

En nuestra habitual sección dedicada a la recuperación de textos históricos del arabismo español, este quinto número de la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* recoge dos textos del gran arabista Francisco Codera y Zaidín dedicados a la cuestión del estudio del "árabe vulgar".

Ambos textos van precedidos de una introducción de Bernabé López García, catedrático de historia del islam contemporáneo de la Universidad Autónoma de Madrid y director de esta revista. En su introducción, López García explica el contexto histórico en el que los textos de Codera aparecen y el debate existente en aquél momento sobre si el estudio del "árabe vulgar", especialmente el dialecto marroquí, resultaba necesario y, de serlo, cómo debía realizarse tal estudio. Se trata de un debate que, a tenor de cómo se enseña el árabe hoy en día en nuestras universidades, está lejos de haberse cerrado.

### **Introducción**

**Bernabé López García**

En pleno debate sobre planes de reconversión de los estudios árabes e islámicos en los futuros grados del espacio europeo, que llevarán diversas denominaciones según Universidades, uno de los temas más acuciantes es el del papel que deba otorgarse a las lenguas dialectales derivadas del árabe clásico. En ese contexto parece útil desempolvar dos artículos que uno de los padres más respetados del arabismo español, Francisco Codera y Zaidín, publicara en 1899 y 1907. No tanto para que nos dé claves de actuación, cuanto para ver hasta qué punto el arabismo universitario de la época se encontraba lejos de la realidad lingüística del mundo árabe de su tiempo, incapaz de comprender que lo que se denominaba "árabe vulgar" no era una degradación o corrupción de la lengua clásica ni una lengua rústica de "labriegos", ni meros dialectalismos regionales, sino lenguas evolucionadas a partir de la lengua madre árabe, como las romances evolucionaron a lo largo de los siglos desde el latín original.

Hoy como ayer, resulta útil preguntarse, como hacía Codera en *El Imparcial*, "quién debe aprenderlo y cómo" y sobre todo qué "dialecto" aprender en función del "para qué" aprenderlo. La presencia en España de casi un 2 % de nuestra población originaria de Marruecos parece razón más que suficiente para explicar que junto al imprescindible estudio intensivo del árabe clásico por los licenciados en los futuros grados, sea cual sea su denominación, el "dialecto" de estudio obligado sea el marroquí.

### *El precedente del Padre Lerchundi*

En 1872 el Padre franciscano José Lerchundi, misionero en Marruecos, publicó en la imprenta de M. Rivadeneyra su obra *Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el Imperio de Marruecos con numerosos ejercicios y temas aplicados a la teoría*<sup>1</sup>, obra pionera para el estudio de esta lengua. Dedicada al Ministro plenipotenciario de España en Marruecos, Francisco Merry y Colom, la obra era el fruto de unos cuadernos sobre la lengua hablada redactados por el autor para su uso particular durante toda una década de presencia en Tetuán y ordenados y enriquecidos a instancia de sus superiores, conscientes del papel que Marruecos iba a desempeñar tras la guerra de 1859-60. Concebida como un estudio práctico, incluía, tras unas nociones de lectura y pronunciación, muchos ejercicios de vocabulario y construcción de frases más usuales, alternando reglas gramaticales y ejercicios.

Parte Lerchundi en el Prólogo de la obra de la aseveración de que “la lengua árabe es *una*, y tiene unas mismas reglas fijas e invariables en los diferentes países en que se habla (...); el árabe vulgar es el mismo árabe literal, despojado de las dificultades más principales de su gramática, y reducido a formas más sencillas”. El que se habla en Marruecos -el de Berbería le denomina- es el que “más se aparta de las reglas gramaticales”, más incluso que los otros dialectos de Arabia, Egipto y Siria.

Lerchundi fue consciente de la oposición que surgiría en determinados medios, académicos sobre todo, a la publicación de su obra, juzgándola inútil. A ellos les responde:

“He conocido a algunas de esas personas, enemigas de cuanto se refiere al árabe vulgar, y aún cuando no tengo la pretensión de convencerlas, debo, sin embargo, consignar las observaciones siguientes, que me parecen incontestables, en pro de su utilidad.

1º. Un literato, europeo o indígena, que hable el árabe literal observando todas las reglas de su gramática, no se hará entender del vulgo de Marruecos, y sólo le comprenderán los llamados en el país Tolbes o Alfaquíes (sabios), cuyo número es muy reducido.

2º. Los indígenas letrados, cuando hablan entre sí, jamás se sirven del árabe literal, cuyas reglas observan sólo en la escritura.

3º. En la conversación vulgar, los indígenas, así alfaquíes como los que no lo son, emplean las mismas palabras y las pronuncian de la misma manera, aunque no sean en rigor arábicas, ni la pronunciación de las letras sea la que les corresponde. Únicamente en el estilo podrá haber alguna diferencia.

4º. El que posea bien el árabe vulgar, no sólo comprenderá a todos, sino que se hará comprender indistintamente de todos los indígenas; cuando el que sólo

---

<sup>1</sup> En 1999 la Agencia Española de Cooperación Internacional editó en facsímil esta obra con un extenso estudio preliminar de Ramón Lourido Díaz. Tres años antes este autor había sido el promotor de un Congreso sobre Lerchundi al celebrarse el centenario de su muerte, cuyas actas editó en 1996 en la Colección Magreb de la editorial Mapfre con el título *Marruecos y el Padre Lerchundi*.

posea el árabe literal no podrá hacerse entender más que de los sabios, como queda dicho".

Su obra, dejaba claro, no era para eruditos<sup>2</sup>, sino para facilitar la tarea de misioneros, empleados, industriales y comerciantes que quisieran hacerse entender de los naturales de Marruecos.

Es muy probable que entre los enemigos de la enseñanza del árabe vulgar se encontrasen algunos de los arabistas notables de la época aunque, a mi conocimiento, aún no habían expresado por escrito esta aversión. Sabemos por la biografía de Francisco Javier Simonet escrita por Antonio Almagro Cárdenas, que aquél explicó en la Cátedra de árabe del Ateneo madrileño durante el curso 1859-60, en pleno conflicto bélico, el "árabe vulgar de Marruecos, pues nos importa conocer el idioma usual de esas regiones donde al cabo de mucho tiempo volvemos a llevar nuestras invictas armas"<sup>3</sup>. Sin embargo es más que probable que Simonet se limitara a explicar el árabe clásico con algunas nociones aprendidas a partir del *Compendio gramatical para aprender la lengua arábica, así sabia como vulgar*, de Manuel Bacas Merino<sup>4</sup>. Hasta entonces, ningún arabista de la Universidad española había visitado Marruecos, fuera de Pascual de Gayangos que había realizado un viaje a Tánger, Tetuán y Larache en 1847 y de Emilio Lafuente Alcántara que viajó a Tetuán en plena guerra de África para localizar manuscritos.

Unos años más tarde de la publicación de los *Rudimentos* de Lerchundi, Eduardo Saavedra, Presidente de la Sociedad Geográfica, consiliario de la Asociación Española para la Exploración del África y miembro fundador de Sociedad de Africanistas y Colonistas<sup>5</sup>, se pronunciaría en el mitin organizado por esta entidad para su constitución en el Teatro de la Alhambra en 1884, a favor del aprendizaje del árabe de todos los que hubieren de desempeñar puestos en las plazas españolas del Norte de África. Pero se mostraría en contra de la distinción entre árabe vulgar y clásico:

"He de combatir la idea de que el árabe literario es diferente del hablado por el vulgo, lo cual no es cierto, no es distinta sino la impresión que hace al oído, como difiere el andaluz del asturiano. Quien sepa el idioma literario, en muy pocos días entiende perfectamente la lengua de aquellos naturales, con la ventaja de poseer el árabe que usan los hombres de ciencia, en que se escriben los libros,

---

<sup>2</sup> Para el estudio del árabe en las Universidades escribió Lerchundi junto con el arabista de la Universidad de Granada Francisco Javier Simonet una *Crestomatía arábigo-española o colección de fragmentos históricos geográficos y literarios relativos a España bajo el período de la dominación sarracénica, seguida de un vocabulario de todos los términos contenidos en dichos fragmentos* (Granada 1881).

<sup>3</sup> "De la civilización en África", en *La América*, 19 (8 de diciembre de 1859), p. 2. Citado en mi artículo "F. J. Simonet ante el colonialismo (1859-1863): unos artículos en *La América*", *Cuadernos de Historia del Islam*, 1 serie miscelánea (1971), pp. 159-178, recogido en mi libro *Marruecos y España. Una historia contra toda lógica*, RD Editores-Historia, Sevilla 2007.

<sup>4</sup> Madrid 1807. Este autor viajó por Marruecos en 1798 con el padre Patricio de la Torre por orden de Carlos IV para aprender la lengua del país. Del mismo año 1859 fue la publicación del *Manual del lenguaje vulgar de los moros de la Riff*, de Juan Albino Tarsén, Cádiz 1859. Véase Alberto Gómez Font, "El antes y el después de la gramática árabe del Padre Lerchundi", en R. Lourido (Ed.), *Marruecos y el Padre Lerchundi*.

<sup>5</sup> Eduardo Saavedra, ingeniero, fue también un arabista de fuera de la Universidad, autor de un *Estudio sobre la invasión de los árabe en España*, Madrid 1892.

en que se redactan los documentos oficiales (...). Y no creáis que el árabe es enfadoso de aprender y áspero de pronunciar; no, señores, es una lengua fácil, os lo aseguro bajo palabra, es dulce al oído, sin vocales de media tinta, ni choques o acumulación de consonantes”.<sup>6</sup>

### *Codera y el “árabe vulgar”*

Es en este contexto en el que Francisco Codera publicará en 1899 un primer artículo sobre “Enseñanza del árabe vulgar” en la *Revista Contemporánea*<sup>7</sup>, surgido, según cuenta al principio del mismo, del interés suscitado por Marruecos tras la pérdida de las colonias un año antes y que hizo pensar en el interés por iniciar a la juventud española en el conocimiento “de la lengua de nuestros vecinos del otro lado del Estrecho”.

Codera, aunque no comparte la idea de que “nuestro porvenir esté en Marruecos”, sí considera digno de aplauso “como medida preventiva o previsoras que entre nosotros se implantase el estudio del árabe vulgar”. Habla de experiencias con escasos resultados como la de enseñar la lengua árabe hablada en instituciones militares como la Academia de Estado Mayor y la Escuela Superior de Guerra y lo achaca al “desconocimiento de la índole del árabe vulgar”. Su opinión en este tema diverge profundamente de la de Lerchundi y no es muy diferente de la de Eduardo Saavedra. “El árabe vulgar -dirá Codera- es el mismo árabe clásico o literal, más o menos corrompido por el pueblo, en unos puntos de un modo, en otros de otro, ya sea modificando la fonética, suprimiendo las sílabas finales (y ésta es la modificación más importante), ya suprimiendo sílabas por el principio, por prescindir de la primera vocal, ya introduciendo palabras de las lenguas habladas por los pueblos con quienes los musulmanes han estado en mayor comunicación”. En realidad, dice llanamente, “el árabe clásico es al árabe vulgar lo que el castellano de Cervantes al castellano hablado hoy por la gente más ruda”.

Respecto a su aprendizaje, no ve “más medio que estudiar el árabe clásico para aprender el vulgar; pues procediendo en sentido contrario hay que aprender primero la lengua en su mayor degeneración y luego ir reconstituyendo las terminaciones perdidas y procedimientos gramaticales de declinación y conjugación para llegar por fin a la lengua clásica, que en último término es la sola escrita”.

Por tanto se muestra rotundamente opuesto al estudio del “vulgar” en las Universidades por carecer de “importancia literaria”, aunque ve cierta utilidad para oficiales del Ejército y cónsules o agentes diplomáticos “en países musulmanes, especialmente en Marruecos”. Tras un aprendizaje del árabe clásico en destinos con centros universitarios que lo enseñen (españoles para el caso de militares o extranjeros en el caso de los diplomáticos), pasarían a ejercer en “cualquiera de los muchos puntos donde se habla el árabe vulgar, en especial a la costa de Marruecos”, premiándoles con ascensos si muestran aprovechamiento.

Nada de pensar en una escuela especial para intérpretes pues es escaso el “número de intérpretes árabes que necesitamos, o que podemos consentirnos”.

---

<sup>6</sup> Ver *Intereses de España en Marruecos*, CSIC-Instituto de Estudios Africanos, Madrid 1951, p. 64.

<sup>7</sup> Tomo CXIV (15 de abril de 1899), pp. 36-43.

Propone que se les beque para estudiar en Orán, Argel, Constantina o Túnez<sup>8</sup>. Por último no ve interés alguno en enseñar el “árabe vulgar” en las Escuelas de Comercio, pues “el comercio europeo con los marroquíes, hoy y durante mucho tiempo, habrá de hacerse sólo en la costa, donde para entenderse con los intermediarios, aunque sean moros, bastan el castellano y las otras lenguas de Europa”.

Para lo que sería “extender entre ellos [los marroquíes] nuestra influencia moral” propone un medio de “propaganda pacífica” a través de médicos adscritos a los Consulados, con conocimientos de árabe clásico.

Estaba aún Codera ajeno a lo que se preparaba de cambios en relación al Norte de África. El Tratado non nato hispano-francés de 1902 para repartirse el Imperio marroquí, el acuerdo franco-británico de 1904 por el que se reconocía a Francia un papel preeminente en Marruecos -aún concediendo a España un modesto papel en el norte del país en razón de sus posesiones-, prepararon la conferencia de Algeciras que iba a marcar todo el futuro.

Julián Ribera será el primer arabista en captar la necesidad de una adaptación de los estudios árabes a la nueva situación que se intuye<sup>9</sup>. No se sabe hasta qué punto le influyera el desfase entre el conocimiento libresco y la propia realidad de los países árabes que pudo constatar en su viaje a Marruecos acompañando al general Martínez Campos en 1894<sup>10</sup>, pero lo cierto es que en sus escritos planteará una crítica abierta a la forma de abordar Universidad española el estudio del árabe, cerrado a ocupaciones o salidas más útiles. Hablando de la enseñanza de la lengua, dirá:

“Y ¿cómo ha de aprenderse, si ni siquiera aprovecha el Gobierno el dinero que se gasta en instituciones de enseñanza que aquí mantiene, dejándonos a los aficionados pasar el tiempo exclusivamente en analizar desinencias de nombre y verbo en los trasnochados textos de las fábulas de Locman o los de Calila e Dimna, o a lo más en investigaciones históricas, cuando el presente reclama otras más perentorias y útiles ocupaciones? ¿No podría con esto conseguirse mutua

---

<sup>8</sup> Codera, que nunca conoció Marruecos, viajó a Argelia y Túnez en misión de la Academia de la Historia para encontrar manuscritos interesantes para la historia andalusí. Escribió una memoria sobre este viaje: *Misión histórica en la Argelia y Túnez*, Madrid 1892, en la que dejó constancia de su dificultad de entender a los indígenas “de viva voz”. Ver a este respecto el trabajo de Manuela Marín, “Los arabistas españoles y Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa”, en Joan Nogué y José Luis Villanova (Eds.), *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Editorial Milenio, Lleida, 1999, pp. 73-97.

<sup>9</sup> En sus artículos dirigidos a los Ministerios de Educación Pública y de Estado y publicados en la *Revista de Aragón*, recogidos en su obra antológica *Disertaciones y Opúsculos*, Madrid 1928. El titulado “El Ministro de Instrucción Pública en la cuestión de Marruecos”, *Revista de Aragón*, Año III (abril 1902), pp. 265-280, se reprodujo en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos - REIM - Nº 1 - enero-abril 2007*, [http://www.uam.es/otroscentros/TEIM/Revista/reim1/Ribera\\_art.htm](http://www.uam.es/otroscentros/TEIM/Revista/reim1/Ribera_art.htm).

<sup>10</sup> En uno de sus escritos, recogido en *Disertaciones y Opúsculos*, II, p. 478, diría recordando este episodio: “Cuando estuve yo en Marruecos pude convencerme de que los muchos años pasados sobre los libros no me habilitaban para entender una frase del más rudo gañán marroquí, lo cual fue causa de no poca mortificación de espíritu, no por lo que otros pudieran creer de mí, sino al considerarme yo a mí mismo inútil para los mejores servicios”.

ayuda y viva emulación?... De esta manera (...) ni los que estudian árabe se preocupan de aquello para lo que pudieran servir”<sup>11</sup>.

Ribera logrará que se cree un Centro de Arabistas<sup>12</sup> instituido por decreto en septiembre de 1904 siguiendo lo bosquejado en estos artículos en los que se decía:

“La escuela debe ser para instruir diplomáticos, cónsules e intérpretes que se destinen al Norte de África y en especial a Marruecos; además, por no hacer dobles gastos, para arabistas que deseen dedicarse al estudio de la civilización musulmana y de la marroquí en particular; para militares y exploradores, a fin de tenerlos con decentes aptitudes. Casi todos los nuestros han obtenido escasísimos resultados por no saber las lenguas del país, y sus observaciones han tenido mucho menos valor por falta de preparación científica”.

El artículo 11 del decreto establecería entre las principales enseñanzas la de la lengua árabe, “hablada y escrita, especialmente el marroquí”. En el 12 se insistía en una primera etapa de aprendizaje de dichas lenguas, “como instrumento de trabajo necesario, con prácticas de lectura, traducción y conversación de los idiomas literario y vulgar”.

La Escuela no vería la luz por razones burocráticas, y tampoco logró infligir al arabismo académico de la época un giro para comprometerlo más con las preocupaciones coloniales que empezaban a barruntarse<sup>13</sup>.

### *Codera, España en África y la polémica entre arabistas y africanistas sobre el “árabe vulgar”*

En octubre de 1904 nacerán en Barcelona, Madrid, Tánger y Ceuta los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes, con la intención de expandir el comercio español hacia Marruecos. Unos meses más tarde se crearía bajo su impulso la revista *España en África*, que serviría de portavoz de dicho grupo de presión<sup>14</sup>. Muy ligado a esta revista estaría Eduardo Saavedra, quien en su artículo sobre “El árabe literario”, aparecido en el número de abril de 1906 de la revista, publicado para conmemorar la fundación de los Centros coincidiendo con la conferencia de Algeciras, insistía en sus críticas a la “manía antiliteraria” y aseguraba, corrigiendo un tanto sus apreciaciones de 1884, que

“para sus negocios de comercio hay bastante con el castellano, que más o menos chapurrado entienden casi todos los moros y judíos de la costa; mas para lograr verdadero prestigio es menester mostrarse a los ojos de la sociedad culta marroquí capaz de alternar con ella. Para entender esto es preciso saber que el árabe clásico es la lengua en que se redactan los despachos oficiales; que los

<sup>11</sup> *Disertaciones y Opúsculos*, II, p. 388.

<sup>12</sup> Se puede consultar este Decreto en la versión htm de este mismo artículo: <http://www.uam.es/otroscentros/TEIM/Revista/reim5/franciscocodera.htm>

<sup>13</sup> Ver a este respecto mi trabajo “Julián Ribera y su «Taller» de arabistas: una propuesta renovación”, de *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, XXXIII, 1 (1984-85), pp. 111-128, reproducido en el libro antes citado *Marruecos y España: Una historia contra toda lógica*, pp. 85-104.

<sup>14</sup> Sobre esta revista véase mi trabajo “España en África: Génesis y significación de la decana de la prensa africanista del siglo XX”, *Almenara*, 4 (1973), pp. 33-55, reproducido en *Marruecos y España: Una historia contra toda lógica*, pp. 61-84.

secretarios del Sultán son verdaderos literatos; que el árabe puro es el que se enseña en las escuelas, y que hay un culto especial por la conservación de los libros”.



Concluía muy en línea con la visión de Costa hecha suya por los Centros Comerciales desde sus comienzos de la “colonización pacífica”, de que el conocimiento de la lengua era un instrumento privilegiado: “Promoviendo así el trato directo y hasta familiar, es como se allanarán obstáculos y se disiparán fanatismos. Hablando el lenguaje de los cañones se infunde temor y aversión, hablando el lenguaje de calles y plazas se despierta el interés, hablando el lenguaje de los libros se gana confianza y simpatía”.

En ese mismo número de la revista se anuncia la apertura de una cátedra de árabe y de la matrícula de un curso de árabe gratuito impartido por “un profesor de reconocida competencia, nacido en Marruecos pero de familia española”, en el domicilio social del Centro barcelonés, en la Rambla del Centro, 30, entresuelo. “a donde podrán concurrir cuantos deseen la referida enseñanza tan necesaria a los viajeros y demás elementos mercantiles”. Dicho profesor sería Alfonso Cuevas, que publicaría en la revista una gramática árabe original a partir del número 13 del 15 de mayo de 1906.

Un año más tarde, en el número del 30 de julio de 1907, la revista resaltaría “La fiesta del reparto de premios a los alumnos de la clase de árabe gratuita del Centro Comercial Hispano-Marroquí de Barcelona”, con asistencia de personalidades oficiales bajo la presidencia del gobernador civil. El secretario del Centro, Adolfo Alegret, haría referencia en su discurso a la importancia de la lengua en la acción en Maruecos:

“El Centro Comercial Hispano-Marroquí, teniendo en cuenta que el idioma es el medio más propenso y eficaz para estrechar las relaciones entre los hombres de distintas razas, y por ende para conocer los elementos sociales que regulan la vida de los pueblos, acordó hace dos años el establecimiento de una Cátedra gratuita de árabe, que viniera a llenar un vacío en el seno de una ciudad tan industrial y ávida de expansión comercial como Barcelona; de una Cátedra para la enseñanza del árabe que se habla en Marruecos, para que pudiese ser útil a nuestros exportadores y viajeros”.

El propio profesor de árabe, Alfonso Cuevas, dejaría claro en su discurso sus vínculos de admiración por la escuela de arabistas de Codera y Ribera y a sus “inauditos esfuerzos y sacrificios”, lamentándose de que “no haya prosperado el R.D. del Sr. Domínguez Pascual, de todos conocido, pues el Centro de Arabistas de Madrid debe ser el vivero de donde salgan nuestros embajadores, cónsules, intérpretes y, en una palabra, todos cuantos tengan que desempeñar algún cargo oficial en Marruecos”.

Unos meses antes Francisco Codera había vuelto a publicar un artículo titulado “El llamado árabe vulgar. Quiénes deben aprenderlo y cómo”, aparecido inicialmente en el diario *El Imparcial*<sup>15</sup>. Codera insistirá en su argumentación del artículo publicado en la *Revista Contemporánea*:

“No sabemos ni interesa saberlo, cuándo y por quién se hizo la distinción entre el ‘árabe escrito y correcto’, idéntico en sus líneas generales desde la India al Atlántico desde el tiempo de Mahoma hasta nuestros días, y el llamado ‘árabe vulgar’ de cada uno de los pueblos que hablan esta lengua; pero es lo cierto que esta clasificación, completamente arbitraria o ridícula, ha tenido y tiene una funesta influencia en el estudio del árabe”.

Una vez más argumenta que a nadie se le ocurriría aprender el castellano vulgar “tomando como maestro un mozo de cordel, gallego o asturiano, o aragonés”. Sobre a quiénes interesaría aprender el árabe insiste en los militares y diplomáticos. A este respecto comentará que “una de las causas de nuestra inferioridad diplomática en Marruecos, es, en mi sentir, el que nunca nuestros ministros plenipotenciarios han podido entenderse directamente con el Sultán o con el primer ministro”.

Hace referencia en su artículo al Centro Hispano Marroquí de Barcelona y a las clases de árabe, que se centraron, por indicación de Saavedra, en el aprendizaje inicial de la lengua clásica para pasar después al estudio de la lengua vulgar: “Sólo así comprendemos que la escuela de Barcelona -dirá, no sin cierto escepticismo- llegue a dar frutos sazonados si hay algún alumno que tenga suficiente constancia, y conste que se necesita mucha”.

Pero con respecto a la enseñanza del árabe en las escuelas de Comercio se muestra inflexible: “Admito que alguno de los alumnos de las Escuelas de Comercio llegue a poderse entender bien con los moros, ¿reportaría de ello utilidad positiva para el comercio? Ninguna; porque en todas las poblaciones de la costa hay bastantes moros y judíos y aún españoles que (...) sirven de intermediarios para el comercio”.

El tema llegó a ser polémico entre arabistas académicos y africanistas, si bien hemos visto que entre estos últimos los hay ganados a la posición de los primeros. En 1909 en la revista *Europa en África*, Guillermo Rittwagen, que se presentaría como consejero del Centro Comercial de Barcelona, explorador del Rif y publicista, plantearía de nuevo la “eterna cuestión que sostienen los arabistas españoles sobre la verdadera atención que a cada modalidad de árabe hay que dar”<sup>16</sup>. En respuesta directa a los trabajos de Codera dirá:

---

<sup>15</sup> En los días 1 y 7 de abril de 1907, reproducido en *España en África*, 2 (30 de abril de 1907) y 3 (15 de mayo de 1907).

<sup>16</sup> G. Rittwagen, “Árabe clásico y vulgar”, *Europa en África*, pp. 281-286.



"El Sr. Codera comparte el prejuicio, muy corriente entre los arabistas españoles, de creer que las clases cultas de los países musulmanes hablan habitualmente el árabe literal, concediendo además su fácil comprensión por el vulgo ignorante, aunque no lo sepa perfectamente. El error es crasísimo en lo que a Marruecos se refiere, pues tanto las clases cultas como las incultas hablan y escriben principalmente el vulgar, quedando recluso el clásico a la escritura de obras y cartas que no sean de comercio, pues la degeneración va tomando también incremento en la escritura, único medio de ser entendido por la inmensa mayoría de las gentes ignorantes del árabe clásico".

Intentando desengañar a quienes piensan que "el estudio del literal puede servirnos para entendernos algún día con los marroquíes", y sin "desdeñar el estudio del árabe literal como no se desdeña el del latín, como muestra de respeto que se debe a la lengua madre", recordará lo que le ocurrió a Ribera en 1894:

"Estaba ávido de desembarcar en Marruecos para poder hablar con los moros; pero llegado el momento, ni ellos, aún los que parecían más cultos, le entendían, ni él los entendía: él hablaba el más puro árabe koránico, y ellos, la jerga marroquí más vulgar. Hay que convencerse, pues, que el árabe de las bibliotecas no es el de Marruecos".

Rittwagen concluía en la necesidad de la creación de un cuerpo diplomático idóneo para los asuntos consulares en Marruecos, especializado en "la lengua" y en "alguna licencia mahometana". Respecto de la enseñanza del árabe era rotundo:

"Mi opinión concreta es que las cátedras de árabe literal deben limitarse, como las de griego y latín, a una misión de erudición, única posible. Y respecto de las de vulgar, reconocemos su inutilidad manifiesta, pues el que quiere aprenderlo debe ir a Marruecos; y su conocimiento por nuestros comerciantes y viajeros no ha de ser la panacea que nos ha de abrir de par en par las puertas del tan cacareado mercado marroquí. Fabriquen azúcar y géneros de algodón en buenas condiciones, que aunque no entiendan jota de árabe vendrán y harán negocio".

En términos similares se expresará el artículo "Disertaciones de un moro" publicado por Abo-al-lah er Roxdi (sic), oficial segundo de aduanas de Tánger, probablemente un seudónimo, publicado por la revista *África* en su primer año de existencia (octubre de 1910). Hace referencia el articulista a una polémica entre un tal señor Arévalo y un corresponsal de *España en África* en estos términos:

"Sigue nuestro entusiasta periodista insistiendo que para llevar las condiciones del arabismo en terreno mogrebí se hace imprescindible saber historia de la dominación árabe en España, los descubrimientos, conquistas de España en el Norte de África, geografía e historia de Marruecos, organización social y económica del Mogreb, etc. Y añade que de lo contrario no necesitaríamos hacer intérpretes; pues con echar mano de los guías de los hoteles y de los maleteros del muelle estábamos al cabo de nuestros intentos. ¡Valiente manera de argüir!".

Un último artículo sobre esta polémica de entre siglos es el del catedrático de la Escuela de Comercio de Cádiz J. Butler, "El estudio del idioma árabe vulgar en España", publicado también en la revista *África* en 1914<sup>17</sup>. Desde el año 1906 se

---

<sup>17</sup> Número 39 (julio de 1914), pp. 701-703.

habían abierto concursos para establecer por el Estado cátedras de árabe en las Escuelas de Comercio de Barcelona, Palma de Mallorca, Valencia, Cádiz, Málaga y Santa Cruz de Tenerife<sup>18</sup>. El autor argumentaba con más fundamento y defendía la enseñanza de la lengua a comerciantes y viajeros para asegurar su independencia de intérpretes y traductores, apostando por la enseñanza del “árabe vulgar” en España y por la del español en un Marruecos recién colonizado que asegurase la “españolización del pueblo protegido”. Para el autor, el conocimiento del idioma del país sobre el que se ejerce una influencia era muestra y garantía de una “superioridad intelectual y una independencia de todo punto necesarias a nuestros fines culturales y colonizadores, así como de gran efecto moral sobre el ignorante y orgulloso pueblo mogrebino”.

Era en esta óptica en la que insertaba el autor la finalidad de la Cátedra, que

“no puede ni debe ser, en modo alguno, la de *ir tirando*, como vulgarmente se dice y se hace en España, sino otra muy distinta, y tan noble y elevada, como la de cooperar al éxito del protectorado y al mayor decoro y honra del nombre español en Marruecos, por medio de la enseñanza del árabe vulgar en España”.

Por este tiempo el arabismo académico, incorporado a la Junta para Ampliación de Estudios, organismo rector de la investigación en España, había comenzado a mostrar su interés por el estudio del árabe hablado en Marruecos. Un discípulo de la escuela de Ribera, Maximiliano Alarcón, marcharía a Larache entre julio y octubre de 1910 a estudiar la lengua del Imperio de Marruecos convirtiéndose más tarde en profesor de las Escuelas de Comercio de Málaga y Barcelona y publicando el primer estudio académico dedicado a la lengua marroquí, *Textos árabes en dialecto vulgar de Larache, publicados con transcripción, traducción y glosario*, publicado por el Centro de Estudios Históricos en 1913.

## ENSEÑANZA DEL ÁRABE VULGAR

Francisco Codera y Zaidín

*Revista Contemporánea*, Tomo CXIV (15 de abril de 1899), pp. 36-43

Nuestras desgracias en las Antillas y Filipinas hacen que muchos fijen su vista en la vecina costa de Marruecos, creyendo que deberíamos pensar en indemnizarnos de nuestras pérdidas ensanchando nuestras posesiones en el continente africano, reanudando de este modo nuestras antiguas y gloriosas tradiciones: como medio que pudiera coadyuvar a tales tendencias, se ha pensado en iniciar á nuestra juventud en el conocimiento de la lengua de nuestros vecinos del otro lado del Estrecho.

Sin aprobar, ni mucho menos, la tendencia ó aspiración de muchos españoles, para quienes nuestro porvenir está en Marruecos, aplaudiría como medida preventiva o previsora que entre nosotros se implantase el estudio del árabe vulgar; porque mientras tengamos posesiones en la costa de Marruecos, estaremos muy expuestos á tener que sostener guerra con los marroquíes, casi aunque no queramos, y como medio quizá muy poderoso, está el conocimiento de la lengua

---

<sup>18</sup> Según señala J. Butler, dos cátedras de árabe vulgar fueron provistas en 1909, tres en 1911 y dos en 1914.

hablada en el país en que se ha de hacer la guerra: por esto desde hace algunos años se ha querido hacer algo en este sentido, enseñando los elementos de dicha lengua en la Academia de Estado Mayor y en la Escuela Superior de Guerra y hasta en el Casino militar; creo que siempre con escasos resultados, por no haberse planteado bien la cuestión en virtud del desconocimiento de la índole del árabe vulgar.

Para plantear bien esta cuestión, lo primero que ocurre es fijar qué se entiende por *árabe vulgar*, y si éste se diferencia ó no radicalmente del *árabe* llamado *literal o clásico*.

En realidad el árabe vulgar es el mismo árabe clásico ó literal, mas ó menos corrompido por el pueblo, en unos puntos de un modo, en otros de otro, ya sea modificando la fonética, suprimiendo las sílabas finales (y esta es la modificación más importante), ya suprimiendo sílabas por el principio, por prescindir de la primera vocal, ya introduciendo palabras de las lenguas habladas por los pueblos con quienes los musulmanes han estado en mayor comunicación; pero si la lengua hablada por el vulgo ha sufrido todas estas influencias de un modo profundo, en cambio la lengua escrita por la gente más ilustrada ha variado poco; así que, quien conozca el árabe clásico, entenderá los escritos de los musulmanes de todos los países; tanto es así, que las historias escritas por musulmanes quizá vivos hoy en Marruecos, Argel, Túnez, el Cairo, la Siria, y aun la India, se entienden lo mismo que las escritas por los moros españoles; recientemente se ha publicado una historia de Marruecos en cuatro tomos en folio menor, en la cual se narra hasta la ida á la ciudad Marruecos de la última Embajada española, y en ella se notan pocas ó ninguna diferencia respecto al árabe clásico.

Comparando lo que sucede en la lengua árabe con lo que nos es conocido, podríamos decir que el *árabe clásico es al árabe vulgar lo que el castellano de Cervantes al castellano hablado hoy por la gente más ruda*; de modo que para hablar con el vulgo la posición del que sabe el árabe clásico es la misma, salva la diferencia de mayor dificultad, que la que tendría un hispanófilo francés, alemán ó ruso para entenderse con uno de nuestros labriegos: este le entendería, hablase despacio ó de prisa; pero el extranjero no entendería en la conversación al labriego con quien quisiera entablar conversación: primero, porque oyendo los sonidos no percibiría la diferencia de consonantes, y segundo, porque si llegaba á percibir y darse cuenta de los sonidos, se encontraría con que el labriego usaría formas y palabras que el hispanófilo extranjero no habría visto ni en Cervantes ni en Calderón; pero en cuanto el hispanófilo hubiera pasado unos días hablando con españoles auténticos (españoles en España), su oído se acostumbraría á distinguir los sonidos, dándose cuenta de las palabras usadas, que iría entendiendo, salvo las que por no pertenecer al castellano culto le serían desconocidas y no entendería por lo pronto, si bien por el contexto de la frase deduciría el sentido de muchas de tales palabras.

En cambio, poca ó ninguna dificultad encuentra el hispanófilo extranjero en entender lo escrito por la gente culta, si lo escrito está impreso ó en letra muy clara; pues en los manuscritos casi siempre se confunden muchas letras, sin que nos apercebamos de ello, produciendo dificultades para el que no domina la lengua, como en general domina uno la suya.

Hechas estas consideraciones, veamos lo que procede para aprender el árabe vulgar: si se trata de un niño que se quiere que hable en árabe, se le deja en casa de unos moros, ó que su familia ó alguien de ella le hable en esta lengua, y sin esfuerzo especial lo aprenderá; si el niño fuese ya mayorcito, la cosa se complicaría, siendo preciso que alguien le hablase en la lengua nativa y además en árabe; pero, de todos

modos, es muy fácil á los niños el hablar varias lenguas, si en la familia se hablan: hemos visto, y nada tiene de extraño, un hijo de un amigo nuestro, el cual hablaba en castellano, en francés y en árabe con su padre, y en griego ó en castellano con su madre y la criada, y con los amigos de la familia en cualquiera de estas lenguas.

No se trata de caso parecido; se pretende que hombres de alguna edad, jóvenes de diez y seis á veinticinco años, sin salir de España, se pongan en disposición de entenderse con un moro. ¿Podremos conseguir esto? Es casi imposible, y la cosa es muy sencilla de comprender: quien entre nosotros ha estudiado bien el francés y parece que lo sabe, porque ha llegado á repetir unos diálogos con el profesor, y aun á hablar con él, va á Francia, y si es verdad que á él le entienden los franceses, él no los entiende, porque su oído no percibe lo que pronuncian, á no ser que consiga que le hablen muy despacio: al cabo de algunos días ya los entenderá con alguna facilidad, aunque le hablen más deprisa.

Si esto sucede al español que ha estudiado francés y al francés que sabe el castellano, y ambos entienden bien la lengua cuando se presenta escrita, calcúlese lo que sucederá con el árabe, que es mucho más difícil; de modo que si para llegar a dominar medianamente el francés y conocer la mayor parte de las palabras se necesita estudiar bien durante un año para hacer lo mismo respecto del árabe se necesitarán quizá ocho ó diez años, y me quedo corto; si el español que conoce bien el francés escrito, necesita un mes para acostumbrar un poco á su oído á distinguir los sonidos y convertirlos mentalmente en la palabra escrita que conocía previamente, para hacer lo mismo con el árabe necesitará diez meses, y quizá más, por la dificultad de apreciar sonidos que no tenemos en nuestras lenguas, con la dificultad de haber varios poco diferentes entre si.

Ahora bien, estas dificultades existen en el supuesto de que al español que comienza á hablar en francés se le hable en el francés correcto y corriente; pues si se le habla en uno de los dialectos patois más alterados, con seguridad que tardaría mucho más en darse cuenta de las modificaciones introducidas, y lo mismo sucedería respectivamente al hispanófilo á quien se hablase en nuestro castellano más corrompido.

¿Se ha enseñado ni puede enseñarse á un francés ó á un alemán el castellano de nuestra gente más ruda? Nunca. ¿Quiere esto decir que no se pueda aprender por un adulto el castellano ó el francés del vulgo? De ningún modo; y buena prueba de que puede aprenderse es que lo aprenden nuestros pobres labriegos que de las provincias del Norte emigran a Francia, ó á la Argelia los de las provincias de Levante; bien ó mal, pronto se entienden con los franceses, y lo mismo sucede á éstos en España; pero todos ellos aprenden el francés ó el castellano en el libro vivo del trato diario, y sabido es que el mejor medio para aprender una lengua es ponerse en la necesidad de hablarla; pero para aprender el árabe vulgar no es posible de ordinario acudir á este procedimiento, adoptado sólo por los pobres escapados de nuestros presidios de África; porque aun suponiendo que uno pudiera y quisiera trasladarse á país musulmán con este objeto, no le sería hacedero entablar conversación ordinaria con musulmanes de alguna ilustración, ni aun quizá en los países sometidos á naciones europeas, como la Argelia y Túnez, por ser pocos los moros que no tengan reparo en alternar en público con europeos ó cristianos; por tanto, no puede pensarse en aprender *directamente* el árabe vulgar por el único procedimiento que pudiera adoptarse.

Pero ¿no podrá enseñarse el árabe vulgar en una cátedra en Madrid, como se enseña francés ó alemán? No; como no se enseña el castellano de nuestra gente más ruda, por más que, como se ha dicho, pueda aprenderse en el país en que se habla.

Queda indicado que el árabe vulgar es el mismo árabe clásico con mayores ó menores alteraciones y hablado ó escrito de un modo más ó menos incorrecto; luego no hay más medio que estudiar el árabe clásico para aprender el vulgar; pues procediendo en sentido contrario hay que aprender primero la lengua en su mayor degeneración y luego ir reconstituyendo las terminaciones perdidas y procedimientos gramaticales de declinación y conjugación para llegar por fin á la lengua clásica, que en último término es la sola escrita: tan impropio es comenzar por el árabe vulgar, que en general los que saben éste, por haberlo aprendido de niños, encuentran gran dificultad en la misma sencillez y rigorismo gramatical del árabe clásico, quizá porque, conociendo ya las palabras por el uso, les parezca inútil y ridículo el fijarse en elementos de vocales características y terminaciones, de que prescinde casi por completo el árabe vulgar.

Admitiendo que el árabe vulgar no puede aprenderse directamente y que convendría que le estudiaran algunos ó bastantes españoles, *¿qué procedimiento convendría adoptar?* En mi sentir, en manera alguna debería pensarse en la creación de cátedras de esta lengua en las Universidades, pues no tiene bastante importancia literaria para que se inicie á todos ó á muchos en su conocimiento; podría tener alguna utilidad para quien hubiera de hacer estudios muy especiales acerca del árabe clásico; pero aún dudamos que para tales personas tenga suficiente importancia que compense el trabajo que á ello habría de dedicar; tendría mucha importancia para el arabista rico y entusiasta que tuviese suficiente abnegación para trasladarse á Marruecos por mucho tiempo en busca de libros antiguos, que es seguro existen en abundancia, y que por hoy ningún otro podría encontrar por la gran resistencia de los moros á entrar en relaciones con los europeos, resistencia que disminuiría mucho para el que pudiera entenderse directamente con ellos.

Si el árabe vulgar no ofrece bastante interés para la gente de letras, ¿quiénes deberían aprenderlo? En mi sentir, algunos oficiales del Ejército y los que hubieran de ser cónsules o agentes diplomáticos en países musulmanes, especialmente en Marruecos.

¿Y cómo se haría esto hacedero? De un modo sencillo y económico: nada de crear cátedras ni de obligar á nadie á estudiar el árabe vulgar. Estimúlese á los oficiales del Ejército con recompensas fijas después de estudios positivos, para los que se les den facilidades, y no faltarán oficiales entusiastas que trabajen.

El plan podría ser el siguiente: El oficial que al salir de la Academia propia quisiera dedicarse á este estudio, sería designado de guarnición al punto que designase de las poblaciones que en su respectiva Universidad tiene la enseñanza del árabe clásico; hecho este estudio en uno ó dos años, podría con facilidad estudiar el árabe vulgar, y para facilitarle la práctica, sería destinado, también a su elección, á alguna de las guarniciones de la costa de Marruecos, donde podría entablar relaciones con algunos moros, especialmente con los que están al servicio de España y luego con otros: cuando después de dos años de estancia en este punto diera pruebas de poder entenderse con los moros con alguna facilidad, se le concedería el ascenso inmediato, ú otro premio equivalente, que señalase previamente el Sr. Ministro de la Guerra.

Para los cónsules debería seguirse un procedimiento análogo: al ingresar en la carrera serían destinados á su elección a un punto del extranjero donde se diese la

enseñanza del árabe clásico, y después á cualquiera de los muchos puntos donde se habla el árabe vulgar, en especial á la costa de Marruecos, y si después de dos años daban pruebas de poderse entender con los moros, se le daría un ascenso.

La carrera de intérpretes árabes merecía una organización especial; debían tener más categoría, pero exigiéndoles mucho más de lo que hasta ahora se les ha exigido para el ingreso.

Dado el escaso número de intérpretes árabes que necesitamos, ó que podemos consentirnos, no puede ni debe pensarse en una escuela especial; deberíamos servirnos en gran parte de la enseñanza que se da en otras naciones: si el Ministerio de Estado creyera que para dentro de cuatro años necesitaría dar entrada á cuatro intérpretes, debería sacar á oposición todos los años dos plazas de aspirantes entre jóvenes de diez y seis á veintidós años, que hubiesen estudiado el árabe clásico: la oposición sólo les daría derecho á una pensión durante dos años, para poder vivir con algún desahogo en Orán, Argel, Constantina ó Túnez, donde pudieran estudiar en los establecimientos franceses ó Escuelas de Letras y al mismo tiempo entrar en relaciones con los moros: si después de dos años daban pruebas de haber aprovechado en el estudio del árabe clásico, y de entenderse con los moros, ingresarían en la carrera de intérpretes con sueldo mayor que los actuales de ingreso, aunque en la escala correspondiente, para no lesionar los derechos de los actuales intérpretes, conservando siempre en los ascensos la diferencia de 1.000 pesetas ó más sobre el sueldo asignado á los de su clase.

En mi sentir son tales las dificultades que puede estar llamado á encontrar un intérprete árabe, que muchas veces he manifestado que el primer intérprete debiera tener más categoría, y por tanto más sueldo, que el catedrático de árabe de la Universidad Central, que suscribe; porque al intérprete debería exigírsele lo que la posición de su cargo exige del catedrático de árabe, mas el estar al corriente de las fórmulas cancellerescas y de la historia de Marruecos, y el estar además en aptitud de poderse entender con los musulmanes de diferentes países, en los que el dialecto vulgar ostenta bastantes variantes.

¿Y no convendría enseñar el árabe en nuestras Escuelas de comercio, para facilitar y fomentar éste con los marroquíes? Quizá fuera bueno, pero no es necesario: el comercio europeo con los marroquíes, hoy y durante mucho tiempo, habrá de hacerse sólo en la costa, donde, para entenderse con los intermediarios, aunque sean moros, bastan el castellano y las otras lenguas de Europa. No hay que pensar en que por el imperio marroquí puedan ir los llamados viajantes de comercio ofreciendo muestras y precios; por tanto, creo que á nada conduciría el que un alumno de las Escuelas de comercio ó un comerciante supiese el árabe vulgar.

Como nuestras relaciones con los moros del vecino imperio de Marruecos hoy por hoy tienen que ser, principalmente en caso de guerra, con los moros del Riff, y muchas de sus kabilas hablan el bereber en algunos de sus dialectos, convendría que nuestros oficiales é intérpretes se dedicaran al estudio de esta lengua simultáneamente con el árabe; pues si éste sirve para entenderse con todos ellos, al menos en lo más preciso, en muchos casos podría interesar mucho el entenderlos cuando hablaran en bereber entre sí, tanto más cuanto generalmente habrían de creer que no se les entendía.

Si se tratara, como pretenden los mas pacíficos, ó más afectos á los moros, de extender entre ellos nuestra influencia moral, y se creyera que esto era factible y conveniente, uno de los mejores medios de propaganda, al que ninguna nación podría oponerse, sería el que tuviéramos un médico al servicio de cada Consulado;

pero exigiéndoles antes conocimiento previo del árabe clásico, con la terminología médica para que pudieran adelantar luego en el árabe vulgar: aun de este modo estimo que la influencia no se dejaría sentir sino muy a la larga, por más que nuestros médicos europeos están á inmensa distancia de los médicos moros, que probablemente no sabrán lo que sabían los árabes españoles del siglo XV; pero habría que tener muy en cuenta que los moros se resisten mucho a tomar medicinas, ó quizá más bien, á dejar entrar en las casas á los médicos europeos, repugnancia que sólo vence alguno que otro por el apego natural á la vida: si la necesidad de interprete es siempre repulsiva, calcúlese lo que será para los moros en los casos de enfermedad y de haber de introducir dos personas en la parte reservada de la casa: un médico que visitase gratis á los pobres, y recibiese consultas gratuitas en el Consulado, sería el mejor medio de propaganda pacífica, si hay alguno posible para con los moros: el Ministerio de Estado es quien en su caso estará llamado á estudiar esta cuestión.

### **EL LLAMADO ÁRABE VULGAR: QUIÉNES DEBEN APRENDERLO Y CÓMO**

**Francisco Codera y Zaidín**

**Publicado en *El Imparcial* del 1 y 7 de abril de 1907 y reproducido en *España en África*, 2 (30 de abril de 1907) y 3 (15 de mayo de 1907).**

#### **I**

No sabemos, ni interesa saberlo, cuándo y por quién se hizo la distinción entre el "árabe escrito y correcto", idéntico en sus líneas generales desde la India al Atlántico desde tiempo de Mahoma hasta nuestros días, y el llamado "árabe vulgar" de cada uno de los pueblos que hablan esta lengua; pero es lo cierto que esta clasificación, completamente, arbitraria ó ridícula, ha tenido y tiene una funesta influencia en el estudio del árabe.

Que en esta lengua, como en todas, hay á veces diferencias muy importantes entre el modo de hablar de las personas más rudas é ignorantes y las personas eruditas ó los libros, no había para qué advertirlo; se supone que el vulgo ignorante, y aun las personas ilustradas en la conversación corriente, han de emplear palabras y giros que no están autorizados por el uso de la gente más ilustrada; esto ha tenido que suceder siempre: de aquí el hecho, reconocido hoy, de la existencia de un latín rústico: "sermo rustiens" y "sermo urbanus" durante el periodo romano hasta la formación de las lenguas romanas en los siglos VII, VIII ó IX, ó cuando se formaron las lenguas neolatinas, que al aparecer en el mundo literario es seguro que bien pronto se diferenciarían más ó menos de la forma en que las iba moldeando el vulgo, y tampoco hay que suponer que todos los individuos que iban hablando en la lengua hicieran sobre el latín vulgar idénticas modificaciones, por más que coincidieran en el conjunto.

Si en todas las lenguas hay en realidad el "sermo rusticus" y el "sermo urbanus", ¿cómo es que de hecho sólo se ha generalizado esta división con aplicación al árabe? Hay que tener en cuenta que el árabe es una lengua muy especial para nuestros hábitos lingüísticos indo-europeos, ó arios, que en la práctica tiene que

ofrecer para nosotros grandes dificultades, dificultades de las que difícilmente se forman idea los que no han saludado el estudio de una de las lenguas semitas, dificultades en las que muchas veces tropiezan los mismos naturales, aun los más eruditos, cuando tratan de entender lo escrito por autores antiguos ó de materias especiales, en las que el lector no está muy versado; la índole especial de la lengua ha obligado a los árabes de todos los tiempos á cultivar con marcado interés los estudios gramaticales y lexicográficos, habiendo de invertir en tales estudios una buena parte de su actividad; á esta circunstancia atribuyen algunos, al menos en parte, la especie de estancamiento del pueblo musulmán, que parece como si se hubiera detenido en su marcha en el siglo XIII ó XIV.

Al ponerse en contacto los arabistas europeos con los moros en los tiempos medios, es natural que se encontraran con dificultades para entenderse; en todas las lenguas sucede, en unas más, en otras menos, que los que las han aprendido sólo por los libros en puntos donde no se hablan, aunque hayan llegado á entender perfectamente los libros, y aun á escribir y hablar en dicha lengua, para lo cual es casi de absoluta necesidad tratar mucho á gente que la hable, siempre es mucho más difícil entender de viva voz al que habla su lengua nativa, que el hacerse entender de él; y es que en la pronunciación hay siempre una vaguedad en los sonidos, que no se perciben por el oído mientras no se está acostumbrado á ello; así sucede que los españoles del Norte oímos hablar á un andaluz y no percibimos lo que ha pronunciado, es decir, que en realidad percibimos un ruido, no un sonido articulado, y necesitamos una gran atención para que á nuestro oído suene una articulación de consonantes y vocales.

Esto que, en mayor ó menor escala sucede en todas las lenguas y tienen ocasión de observar cuantos sabiendo el francés, por ejemplo, llegan á París por primera vez y sólo con gran dificultad consiguen entender á los franceses, hubo de suceder en mayor escala á los arabistas puestos á hablar con los moros; pues si la diferencia de pronunciación de una letra en la lengua latina fue causa de que á un oficial español de la expedición del marqués de la Romana no le entendiera un alemán que sabía muy bien el latín, al decirle el español: “Venio cum militibus hispanis”, y sólo después de vacilaciones pudieron entenderse, diciendo por fin el alemán, como en tono de corrección, “dic ergo fenio”, es decir, pronuncia “fenio” porque ésta, de modo aproximado, era la pronunciación del alemán, en árabe tiene que suceder mucho más.

Se cita con frecuencia por los autores el hecho de que el insigne arabista Golio, llegado como embajador á Fez en el año 1622, no pudo entenderse de palabra en árabe con el sultán, y añade el autor del “Maroc inconnu” (tomo I, pág. 37): “Este sabio no conocía el árabe vulgar, pero gracias á la petición redactada en árabe y presentada al sultán, que admiró su hermosa escritura, el embajador neerlandés obtuvo lo que solicitaba. ¿Qué no hubiera obtenido si en vez de hablar en español hubiera podido explicar en árabe de viva voz el objeto de su misión? ¿Cuándo se comprenderá en Francia que todos nuestros representantes en Marruecos y demás países árabes deberían ser arabistas consumados, que hablasen y escribiesen á la perfección la lengua del profeta?

En efecto, la lengua árabe, y lo mismo la hebrea, tienen sonidos que no tenemos en las lenguas de Europa, sonidos muy vagos y difíciles de percibir para un oído no acostumbrado; además son bastantes las letras cuya correspondencia ó pronunciación son muy parecidas; de aquí que el vulgo, aún entre los naturales del país, no las distingue en la pronunciación, y por tanto, si llegan á escribir con facilidad ponen una letra por otra, viniendo así á confundirse palabras muy



diferentes, que escritas de un modo correcto se diferencian muy bien. Recordamos á este propósito lo que nos decía en Orán un moro al servicio de la mezquita mayor, el cual hablaba el español y hablando del árabe observaba por su ignorancia que las palabras que corresponden á "cirio" y "chama" (mezquita mayor) son iguales á "xmaa", cuando en realidad para nuestro oído de arabistas, por la pronunciación clásica, "cirio" es "xámaa" y "chama" (mezquita mayor) es chamia: calcúlese si con esta diferencia de pronunciación será fácil el percibir y darse cuenta de las palabras pronunciadas con rapidez, por más que teóricamente los arabistas sepamos cómo se ha de pronunciar cada palabra, ya que en definitiva las reglas pueden reducirse á suprimir cuantas vocales ó sílabas sea posible, en especial por el principio y fin de la palabra.

Aunque en la prononunciación vulgar y para oídos poco acostumbrados sean muchas las palabras que puedan confundirse, es de suponer que las personas algo más ilustradas confundan menos palabras y que sin afectaciones ridículas marquen diferencia más ó menos perceptible entre letras que para el vulgo más rudo se confunden casi siempre; y así como entre nosotros aun la gente más ruda entiende al que habla bien, por más que quizá no le pueda contestar en castellano correcto, lo mismo hay que suponer respecto al árabe; es decir, que los moros entenderán á quien les hable en árabe llamado clásico, ya que en realidad, al menos en la escritura que no sea puramente familiar, se emplea el árabe más ó menos clásico. Las obras y periódicos que hoy se escriben y publican por los moros, lo mismo en Marruecos que en Argelia, Túnez, Egipto y todo el Oriente, son entendidas por los arabistas de todas partes y hasta nos atreveríamos á retar á cualquiera á que fijase diferencias entre un texto del modernísimo historiador de Marruecos "Ahmed Anasiri" y un autor antiguo: claro es que estudiando toda la obra de Ahmed Anasiri se podrían notar algunos neologismos ó locuciones quizá no muy correctas.

De las ideas expuestas se infiere cuán improcedente resulta la división como hecho especial entre "árabe vulgar" y "árabe clásico" y que difícilmente procederá el enseñar árabe vulgar, como sería ridículo y tonto el que el francés ó el alemán que tratara de venir á España quisiera aprender el castellano vulgar tomando como maestro un mozo de cordel, gallego, ó asturiano, ó aragonés, alegando como razón el que si estudiaba el castellano con un profesor hispanófilo, era muy fácil que no entendiera al aguador ó al carbonero, con quienes hubiera de tener necesidad de hablar; y es verdad que pudiera suceder esto; pero en cambio es seguro que aprendiendo sólo la lengua como se habla en la conversación de la gente más ignorante, no entendería á la gente más culta ni á la gente más ruda de otras regiones.

Y nótese que las dificultades para pasar de la lengua más vulgar y ruda á la de las personas un poco cultas, al menos para el caso de que se hayan de entender por escrito, en árabe no tienen comparación con lo que sucede en nuestras lenguas: entre nosotros, todo el que sabe deletrear entiende mejor ó peor lo que lee, y sin necesidad de estudios gramaticales puede enseñarse á un labriego el uso del Diccionario, que le enseñe el significado de la palabra que no conoce. En árabe esto resulta imposible, porque quien no tiene conocimientos gramaticales bastante profundos, no puede acertar á buscar en el Diccionario la palabra cuyo significado ignora, ya que para buscarla tiene que prescindir de las letras añadidas á la radical trilitera ó cuadrilitera; así, por ejemplo, en la palabra "aprobasteis", "estahsantu", necesita conocer que lo esencial de la palabra está en las letras "hsn", en cuya radical tiene que buscar el verbo "aprobar", ó "aplaudir", y esto no lo pueden hacer ni los mismos moros algún tanto ilustrados, pero que no han hecho estudios

gramaticales; y no cabe decir que podrían escribirse Dictionarios á la europea, prescindiendo del sistema radicalista, pues esto hoy se consideraría imposible: cabe sin conocimientos especiales el aprovechar ó servirse de un Dictionario español-árabe, pero no cabe aprovecharse sin estudios especiales de un Dictionario árabe-español, aunque se escribiera.

Quienes deban aprender á hablar el árabe y cómo debe hacerse este estudio lo expondremos en otro artículo.

## II

¿A quienes interesa estudiar el árabe hasta tal punto que puedan llegar a hablarlo y a entenderse de palabra? Hasta hace poco tiempo se partía del supuesto de que sólo a los militares interesaba hacer los estudios necesarios para llegar a entenderse directamente con los moros en el caso de una guerra, y efectivamente, como veremos luego, sería de gran interés el que hubiese algunos oficiales que estuvieran en condiciones de poder entender bien a los moros menos ilustrados.

Con motivo de nuestras pretensiones de expansión comercial de Marruecos, se echó a volar la idea de la necesidad de que nuestros comerciantes pudieran entenderse con los moros, creyendo que era fácil ó hacedero el que pudiera haber viajantes de comercio que llegasen á poder hablar el árabe y viajar con sus cajas de muestras por el interior, como viajan por España: no ahora, en que exaltados los moros por las pretensiones de unos y otros por civilizarlos á la fuerza, resultan más hostiles á los europeos; pero ni aun antes ha sido posible viajar fuera de la costa ó de los caminos más trillados entre los grandes centros.

Respecto al Rif, la parte del imperio de Marruecos que más nos interesa por estar enclavadas en él nuestras posesiones de la costa, dice Mr. Montieras: “Ningún europeo puede gloriarse de haber atravesado el Rif. Tierra inexplorada y misteriosa ha sabido guardar sus secretos y envolverse en un velo impenetrable. Recuérdese la tentativa infructuosa de Duveyrier, que vió de lejos esta tierra prometida sin poder entrar en ella. Verdad es que este hombre célebre hizo cuanto se necesitaba para que su empresa fracasase (no teniendo en cuenta en su proceder las ideas de los moros).”

No diremos que sea imposible llegar a poderse entender con los moros sin haber hecho previamente largos estudios y haber estado mucho tiempo entre ellos; pero sí nos atrevemos á asegurar que para poder llegar á entenderse en árabe, hay necesidad de trabajar por lo menos diez veces más que para conseguir entenderse en francés, y dudo mucho que, si de hecho se establecen las cátedras de árabe vulgar, que se han creado para algunas “Escuelas de Comercio”, lleguen á dar por resultado un alumno, que habiendo tenido una constancia extraordinaria, pueda entenderse con los moros fuera de los ejercicios de conversación preparados en las Gramáticas.

Admitido que alguno de los alumnos de las Escuelas de Comercio llegue á poderse entender bien con los moros, ¿reportaría de ello alguna utilidad positiva para el comercio? Ninguna; porque en todas las poblaciones de la costa hay bastantes moros y judíos y aun españoles que, ó por haber nacido allí, ó por haber estado largos años desde jóvenes, se entienden con los moros del interior y sirven de intermediarios para el comercio.

Resulta de lo dicho que no es prácticamente hacedero el que dependientes de comercio lleguen á poderse entender bien en árabe con los moros, y que aunque lo consiguiesen después de muchísimo trabajo y largo tiempo, el comercio reportaría de ello muy poca utilidad.

Los únicos á quienes como clase y para funciones de su profesión interesa en gran manera el ponerse en condiciones de poder hablar con los moros de los asuntos más variados, son los "oficiales del ejército": esto ha debido reconocerse sin duda desde nuestra guerra de África de 1859 y 1860, en la que, por cierto, según refiere el autor del "Maroc inconnu", Mr. Montieras, el gobernador de Tetuán hubiera entablado pronto negociaciones pacíficas con nuestro ejército si no hubiera tenido necesidad de hacerlo por el intermedio de intérpretes judíos.

No hay necesidad de esforzarse mucho para probar la conveniencia ó más bien "absoluta necesidad" de que en nuestro ejército haya muchos oficiales que en el caso de una guerra pudieran entenderse con los moros prisioneros ó con otros de quienes con habilidad pudieran recabarse noticias importantes.

Reconocida la necesidad, como lo prueba el hecho de que desde larga fecha se haya intentado enseñar árabe en las escuelas de guerra, veamos si se acertó en la institución.

En sentir de cuantos han estudiado este punto, estando en condiciones de juzgar por su cuenta por conocer el árabe clásico y comprender las grandes dificultades del vulgar, el problema se planteó mal, y por eso ha sido imposible resolverlo, pues no tememos asegurar, sin pensar por ello ofender al ejército, que quizá no ha habido un oficial que, por solos los estudios de la Academia y los esfuerzos aislados, haya podido llegar á entenderse bien con los moros; lo habrá conseguido alguno que haya estado mucho entre ellos y haya tenido mucha constancia, y aun así dudamos mucho que pudiera entender un despacho que se cogiese á un espía.

Queda indicado que es de absoluta necesidad, para llegar á hablar el llamado árabe vulgar, haber estudiado previamente el árabe clásico; así lo comprendió el Centro Hispano-Marroquí de Barcelona por indicación del excelentísimo Sr. D. Eduardo Saavedra digno presidente de los Centros, y sólo así comprendemos que la Escuela de Barcelona llegue á dar frutos sazonados si hay algún alumno que tenga suficiente constancia, y conste que se necesita mucha.

En 1899 publiqué en la "Revista Contemporánea"<sup>19</sup> el plan que, en mi sentir, podía adoptarse para que en un plazo de seis ú ocho años pudiera haber varios oficiales que se entendiesen con los moros; el plan, decíamos, podría ser el siguiente: "El oficial que al salir de la Academia quisiera dedicarse á este estudio, sería destinado de guarnición al punto que designase de las poblaciones en cuya Universidad se diese la enseñanza del árabe; hecho este estudio uno ó dos años, podría estudiar sin maestro el árabe vulgar, y para facilitarle la práctica sería destinado, también a su elección, á alguna de las guarniciones de la costa de Marruecos, donde podría entablar relaciones con algunos moros, especialmente con los que están al servicio de España y luego con otros; si después de dos años de estancia en este punto daba pruebas de haber llegado á entenderse con los moros de todas clases, se le concedería una recompensa á juicio del ministerio de la

---

<sup>19</sup> [Nota REIM: F. Codera, "Enseñanza del árabe vulgar", en *Revista Contemporánea*, Tomo CXIV, 15 de abril de 1899, pp. 36-43.]

Guerra”. Por supuesto, que el oficial que hubiera llegado á conseguir esto, debería seguir trabajando lo mismo en el árabe clásico que en el vulgar.

Hemos dicho que los únicos á quienes interesa en gran manera “como clases” para los fines de su instituto son los oficiales del ejército; hay, sin embargo, otras clases, entre cuyos individuos convendría mucho á la nación el que hubiese quienes cultivasen estos estudios.

Nos referimos á los cónsules, quienes, aunque tienen siempre intérpretes para las necesidades del servicio, sería muy conveniente que los que hubieran de ejercer este cargo en país musulmán, supieran árabe y pudieran entenderse directamente con los moros; para conseguirlo decíamos:

Para los cónsules debería seguirse un procedimiento análogo (al de los oficiales); al ingresar en la carrera, serían destinados á su elección á un punto del extranjero, donde se diese la enseñanza del árabe clásico y después á cualquiera de los muchos puntos donde se habla el árabe, en especial á la costa de Marruecos, y si después de dos años daban pruebas de entenderse bien con los moros, se les daría un ascenso.

Como nuestras relaciones con el vecino imperio de Marruecos tienen que ser, principalmente en caso de guerra, con los moros del Rif, y muchas de sus cabilas hablan la lengua bereber en alguno de sus dialectos, convendría que nuestros oficiales é intérpretes se dedicaran al estudio de esta lengua al mismo tiempo que á la árabe; pues si bien es verdad que ésta sirve para entenderse con casi todos ellos, al menos para lo más preciso, en ciertos casos podría interesar mucho el entenderlos cuando hablase en bereber, tanto más cuanto generalmente habrían de creen que no se los entendía.

Parece que los españoles nunca nos hemos dado cuenta de la gran influencia que para captarse las simpatías de los otros pueblos, principalmente si son inferiores en cultura, tiene el hablar su lengua, pudiéndoles hablar sin intermedio de intérpretes; nunca lo supimos tener presente para nuestras posesiones de Filipinas, despreciando quizá el ejemplo de la conducta seguida por holandeses é ingleses, quienes en general exigen que los que van empleados á aquellas colonias conozcan previamente la lengua y la historia del pueblo que van á gobernar.

Fijándonos en lo que hacen en Marruecos las naciones que se disputan la influencia moral de los musulmanes, vemos que tienen médicos y médicas, que conociendo el árabe visitan gratis á los pobres y con seguridad que, sobre todo las médicas, podrán hacer más propaganda inglesa ó alemana que todos los periódicos en que se les quiera probar las excelencias de la cultura europea.

Una de las causas de nuestra inferioridad diplomática en Marruecos es, en mi sentir, el que nunca nuestros ministros plenipotenciarios han podido entenderse directamente con el sultán ó con el primer ministro; en general, los ministros plenipotenciarios de Italia, Francia, Alemania é Inglaterra, están en condiciones de entenderse directamente, y esto les proporciona una gran ventaja. Si nuestros ministros hubieran estado en iguales condiciones que los de otras potencias, me inclino á creer que el sultán hubiera atendido de preferencia sus indicaciones, pues resulta casi seguro que han fiado más de nuestra diplomacia. La influencia del P. Lerchundi, á quien el último sultán llevó como de intérprete á Roma, se debió sin duda á su cualidad de español y de poder hablar directamente con el sultán.